

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## LOS PROGRAMAS Y LOS DESEOS

## EL DESENCANTO COMO TRAMPA

EL 22 de noviembre de 1975 España inició una etapa de su historia, bien distinta de la anterior —pase lo que pase, quiérase o no—, por la sencilla razón de que esa anterior ha sido larguísima, única e irreplicable. Quiero decir que los que dicen «todo está igual», en mi opinión se descalifican para apreciar el estado de las cosas: no está igual porque no puede estarlo. Y los que dicen que está igual es que desearían que así fuese: para quedarse en ello o para ir a situaciones a las que piensan —y creo que con razón— que no se puede llegar más que «desde allí».

En aquella fecha, hace poco más de tres meses, la gran mayoría de los españoles sentían cierta ilusión (no entusiasmo, y esto, que es muy grave, era perfectamente explicable). Pensaban que el país se desesperaba y se ponía en movimiento, tras una larga inmovilidad cubierta por ese mismo rótulo; que se iba a realizar una nueva salida hacia el futuro, canceladas las hipotecas que gravaban nuestra vida pública; que se iba a superar la vieja discordia —y falsa unanimidad oficial— para convivir y discrepar y luchar y tener problemas y superarlos y entenderse por debajo de ellos: para vivir como un país civilizado de nuestro tiempo, lejos de los paraísos artificiales de la propaganda pero más lejos todavía del infierno efectivo que suele haber debajo de ella.

Pero ya ha aparecido un fenómeno sumamente curioso. Desde hace unas cuantas semanas, y de manera creciente, como si hubiera prisa, se repiten frases de desaliento, desilusión y desencanto. Pueden ser contradictorias entre sí, pero eso no importa. Lo mismo se dice que «no ha cambiado nada», que «el discurso del presidente pudiera haber sido de su antecesor», que «es imposible la modificación del país», que se proclama el «estado de anarquía», «la destrucción de España», la «revolución inminente». Cada vez son más las personas que dicen —en dos tonos diferentes— que «no puede ser», que «está visto», que «no hay nada que hacer».

¿Qué ha pasado para ese desencanto? Por lo pronto, no mucho. Ha habido algunos desmanes y actos de violencia (menos de los que se esperaban en noviembre), algunos actos de represión injustificada o excesiva (muchos menos de los que parecían seguros), bastantes huelgas (más de las que tolera la economía y la conveniencia política general, pero todavía nada que ponga en peligro el funcionamiento del país). Se han encajado y comentado los tropiezos con moderación y buen sentido, sin perder el equilibrio y la calma (incomparablemente mejor que en cualquier momento de los últimos cuarenta años, y que las previsiones más optimistas al final del pasado); se han reducido los impulsos de exasperación o inquietud, como cicatriza una herida en un cuerpo sano; se ha

hablado públicamente de innumerables temas vedados hasta hace muy poco; se ha discutido bastante sin que —salvo muy pocos— se pierdan los nervios ni las buenas maneras; se han dicho no pocas estupideces, pero han resbalado con notable indiferencia sobre la piel del país, que no las ha tomado muy en serio otro síntoma de excelente salud.

Si se compara un periódico de estos días con uno de hace cuatro meses, cuesta trabajo creer que se trata del mismo periódico del mismo país. Y, sea cualquiera la opinión que se tenga de los periódicos, los que quieren —que no son todos— se han acercado prodigiosamente a la realidad: cuentan casi todo lo que pasa, y no demasiadas cosas que no pasan; comentan lo que se dice y sucede; tratan de temas vivos y no convencionales, buenos para bordar almohadones; informan de cosas desagradables —hasta de las que les dicen a los ministros—; protestan, aplauden, preguntan, discuten, mienten en ocasiones (y se exponen a que se lo demuestren). En suma, son periódicos de este mundo, humanos, llenos de defectos, pero reales y no aiucinados.

Cada día son posibles algunas cosas más. A cada semana que pasa nos sentimos menos conveientes, más próximos a «ser dados de alta»; sentimos también que se va ensanchando el margen de nuestra posible actuación —y con ella de nuestra responsabilidad—; que vamos a tener que tomar en nuestras manos, ya pronto, nuestro destino.

Si esto es así, ¿por qué ese desencanto? Si nada grave ha pasado, si ninguna puerta se ha cerrado, si no se ha cometido ningún error irreparable, si son muchos los pasos dados hacia adelante, y hasta los tropiezos han servido para que volvámos a aprender a andar por nuestro pie, si estamos en camino hacia nuestra soberanía, y por tanto hacia la posibilidad de elegir nuestras vidas y que no nos las den hechas y prefabricadas, ¿cómo es posible que se repitan frases desilusionadas y «de vuelta», o bien de negro pesimismo alarmista, como si estuviéramos bien dentro del caos?

Temo que los españoles estén cayendo en una peligrosa trampa. Una trampa muy vieja, que ya ha dado eficaces resultados en muchos países —en cuántos de la América de nuestra lengua!— y se sigue utilizando con éxito. Si nos instalamos en el desencanto, renunciaremos a nuestra voluntad política y nos dejaremos manipular; o permitiremos que se organice algún pequeño caos, pretexto suficiente para que se nos declare locos peligrosos y se disponga nuestro ingreso en un manicomio, con fuerte e implacable guardia.

¿En qué clase de manicomio? Esta es la cuestión que se debate entre los promotores del desencanto. Si España sigue el camino emprendido, si aprende los modos de la convivencia, de

la lucha civilizada, de la pugna inteligente entre intereses diversos, de la discusión lúcida entre opiniones divergentes, dentro de muy poco habrá libertad de expresión, manifestación, invención, iniciativa, y un poco después habrá democracia, elecciones, y un verdadero Estado de derecho.

Y esto es lo que algunos no quieren en modo alguno. ¿Quiénes? Los que saben desde luego que van a perder las elecciones. Los que están convencidos de que sus programas no atraen más que infimas minorías del país, que en unas elecciones libres no tienen nada que hacer. Se dirá: ¿no ocurre esto a todos los grupos pequeños, que pueden ser acaso los más finos e inteligentes, los más previsores a largo plazo? Yo diría que los demócratas nunca «pierden» las elecciones, aunque no las ganen, porque para ellos es una victoria que la democracia funcione. La derrota particular de su propio grupo es un inconveniente menor al lado del gran triunfo de la democracia como tal.

Son los antidemócratas los que son ferrotados cuando la democracia funciona bien, los que quieren mandar en todo caso, por cualquier procedimiento, y si por casualidad este es democrático, se encargan en seguida de que su victoria no pueda ser comprometida por otra elección. El ejemplo máximo es Hitler, naturalmente, pero no el único, porque el mundo está lleno de los que tienen voluntad de «irreversibles».

La liberalización de España y su consiguiente democratización es lo que varios grupos intentan impedir. Unos pretenden recaer en el pasado; otros buscan llegar desde ese pasado al Poder, porque su esperanza no pasa por la democracia. Su objetivo común es que no llegue a haber elecciones, que las cosas se pongan de manera que alguien se encargue de que no las haya. Confían en que siempre habrá algunos voluntarios.

Se va a intentar acumular incidentes negativos y, sobre todo, comentarios pesimistas que lleven al desaliento, al desencanto, y por tanto a la pasividad. Se van a proponer programas absurdos, repulsivos, que engendren en los españoles un movimiento de náusea. El día que un número suficiente de españoles diga: «Pero ¿es esto la democracia?», ese día los totalitarios de cualquier color, sin necesidad siquiera de tener fuerza, habrán vencido.

Cuando alguien me propone la imagen del desencanto, cuando me invita al suicidio, cuando sugiere alianzas contradictorias con grupos que políticamente lo destruirían, ya sé por lo menos una cosa, y me parece suficiente: que no quiere que España llegue a unas elecciones de libre democracia.

Julián MARIAS

# EL CALENDARIO DE LAS MULTITUDES FUNCION DEL CARNAVAL

HE podido observar que, este año, la prensa gráfica local —y la pequeña pantalla, además— ha concedido una amable atención a las fiestas del Carnaval. Y hasta se podría concluir, a través de las informaciones, que esta antiquísima tradición de juega y desahogo ha «renacido». Me temo que las cosas no van por este lado. Durante muchos años, acá, los gobernadores civiles venían prohibiendo taxativamente el episodio. Sin duda, por instigación del clero. Nunca entendí el veto. Al fin y al cabo, el Antrejo forma parte, si no del ciclo litúrgico en sentido estricto, sí de su mecanismo. La Cuaresma, etapa de ayunos y abstinencias, de mortificación y compunción, se abre con las Carnestolendas y se cierra con la Pascua Florida, las unas y la otra cobrando una justificación precisamente como alternativas o respiros al rigor ascético que ponen entre paréntesis, e incluso ayudando a que el paréntesis fuese la penitencia oportuna. Pero impusieron la Cuaresma permanente, y se deterioró. Si exceptuamos a los santos —¿y quién que es puede creerse santo?—, dijo alguien, o lo digo yo si la autoridad me falla—, la gente «necesita», por pura biología, unos ratos de libertad: de libertinaje. Al suprimirlos, todo quedó en agua de borrajas: la mismísima Cuaresma, para empezar. Una «ley seca» sistemática siempre crea un «contrabando», y, a la larga, los «principios» se degradan... Antes de la guerra civil, el Carnaval ya ha-

bia entrado en decadencia. Pero sólo a ciertos niveles. Todavía pude conocer el de mi pueblo, que fue famoso en la comarca y en las comarcas adyacentes. En el fondo, la crapula era módica. Y sólo el disfraz conservaba su aliciente intrínseco. Eso de «disfrazarse», y de aparentar que se es lo que no se es, constituye una inclinación universal. Los disfraces corrientes y estabulizados se llaman «uniformes», «ornamentos», «galas», y cosas así, habitualmente basadas en pasamanerías, colgajos y sedas. La réplica última han sido los hippies —o los pseudo-hippies, a menudo— que se adornan con gloriosas fantasías de aire exótico, cintajos, collaretes, bordados, colorines, cuyo ánimo provocativo es todo otro asunto. El «disfraz-disfraz» —el «travestí», en definitiva— tenía su opción en el Carnaval. En las grandes ciudades, la ocasión fue perdiendo vigencia. Y no valen los ejemplos de Río o de Niza, que se convirtieron en folklore local. Los «bailes de disfraces», en el espacio celtibérico concretamente, fueron agotándose. En las poblaciones de demografía menor se mantuvo el orgullo y la frivolidad del festejo. Mi infancia quedó condicionada por las Cuarenta Horas, más o menos expiatorias, que se celebraban para compensar la «orgia» callejera. Mientras entonces nos el «Tantum ergo», las máscaras gritaban su perversa alegría.

Todo eso se acabó. Se acabaron los «bailes» de la alta sociedad provinciana, y degollaron la

euforia popular. Por no haber nada, ni siquiera subsisten las Cuarenta Horas «expiatorias», porque los curas posconclivares ya no son aficionados a tales ritos. Prácticamente, la Cuaresma se ha difuminado. El llamado «pueblo español» ¿sigue «sacando» la bula correspondiente, para suavizar las asperezas de algún Mandamiento de la Santa Madre Iglesia? ¿O han abolido el Mandamiento y la bula —que, si no me engaño, era de la Santa Cruzada—, y ya todo es igual? Lo ignoro. Mis amigos eclesiásticos no suelen tocar el tema. En todo caso, hay más razones que se suman a que la Cuaresma sea olvidada. Mal andaba el Carnaval antes, pero un Carnaval sin la Cuaresma subsiguiente, ¿es aún un Carnaval? ¿O una simulación de Carnaval? Está por ver. Mi sospecha es que el vecindario, habiendo prescindido de la Cuaresma, ya no ejerce el Carnaval como antaño. Los Carnavales actuales sólo son una estampa fósil del antiguo Carnaval. O algo muy diferente, que ni siquiera merece llamarse Carnaval, si hemos de ser respetuosos con la herencia lingüística. El calendario de las multitudes ha sufrido graves cambios, y más cambios han experimentado las maneras de aprovecharlo.

La «cuaresma» cotidiana del trabajo encuentra su pequeño «carnaval» en el «week-end» o en las «vacaciones pagadas». Pero eso no es un «carnaval»: es un «relax». Y el Carnaval ha sido y podría seguir siendo lo contrario del

«descanso»: es una excitación. Quiero decir: una fiesta. No es la primera vez que desde esta página denuncio la tremenda incapacidad de «fiesta» que sufre la sociedad actual. Y cuando digo «fiesta» me refiero a una cualquiera confabulación colectiva de jolgorio. Eso era el Carnaval antiguo. Y ya no lo era en el momento de los «bailes de disfraces». Tampoco lo es en el «happening», ce rado y en cerrado. Y cada día hay menos «happenings», por supuesto. Probablemente —y es lo que yo pienso— no está el horno para bollos, y no hay manera de montar «fiestas» que lo sean de veras. La inocente alegría que en otros tiempos se ponía en un Carnaval ya pasó a la historia. La maquinaria de la convivencia actual no permite estas bromas. Como no permite la Cuaresma. Quien se haga ilusiones sobre el particular se engaña. La «laicización» progresiva de la muchedumbre especialmente de la joven, elimina automáticamente las presunciones de la gallofa —o del añejo— de las sacristías. Un creyente con seiscientos se salta a la torera la Semana Santa. El Carnaval, reducido a un ballongo finolis, ni es Carnaval ni nada. Y lo otro, las Carnestolendas aproximadamente rabelaisianas, ya no interesan a nadie. Y no será por falta de ganas de disfrazar.

Joan FUSTER

**Vea y oiga el inglés que debe aprender.**

**Cursos audiovisuales de COSESA.**

Adoptados oficialmente por la universidad nacional de educación a distancia.

Re llene y envíe el cupón para recibir más información sobre los cursos audiovisuales de Cosesa.

COSESA Viladomat 319-321  
TL. 3213500 Barcelona-15

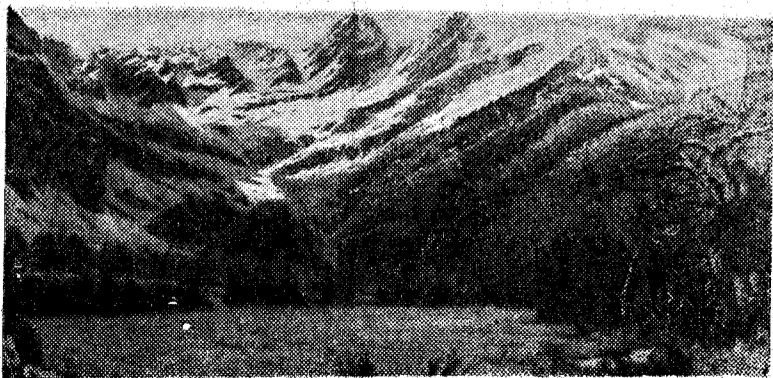
Deseo que sin compromiso por mi parte me amplíen información sobre el curso audiovisual de Inglés.

D. \_\_\_\_\_  
Domicilio \_\_\_\_\_  
Población \_\_\_\_\_  
Provincia \_\_\_\_\_  
Tel. \_\_\_\_\_

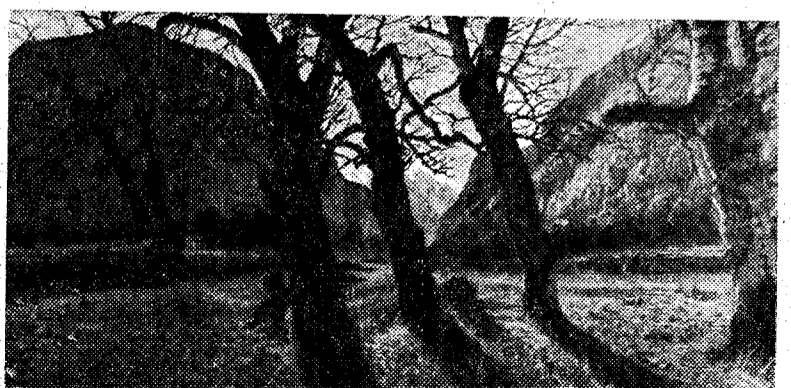
## GALERIAS AUGUSTA

Paseo de Gracia, 98

DEL 12 DE MARZO AL 25 DE MARZO DE 1976



«MONTE PERDIDO» Valle de Pineta (Huesca)



«OTOÑO» (contraluz) Pirineo Aragonés

## EXPOSICION TARREGA VILADOMS